

DANIEL INNERARITY: *La transformación de la política*, Península, Barcelona, 2002. 203 páginas.

En estos tiempos de incertidumbre “lo que molesta de la política es su desconcierto e incapacidad” (p. 11). La obra de Daniel Innerarity, que ha recibido el III Premio de Ensayo *Miguel de Unamuno*, es una continua invitación al diálogo, a la comprensión, a pensar de nuevo la función de la política. Se trata de buscar, lejos de la autoafirmación, un espacio en el que seamos susceptibles de ser conmovidos e, incluso, convencidos por el otro, a quien creemos despojado de razón pero al que, a la vez, dejamos la puerta abierta.

La política no puede pensarse o teorizarse extrañándose del ámbito de la realidad, de su realización en la práctica. Existen unas condiciones ineludibles de las que la política no puede ni debe alejarse, y sobre las que tiene que encontrar la mejor actuación posible. Esta idea de contextualización y apego a la realidad es algo que el autor, sin embargo, olvida según avanza el libro.

Innerarity diferencia la política de la gestión; para ello se basa en que la primera no tiene claros los medios y la segunda sí, por lo que reconoce que “el campo político...está fundado sobre el reconocimiento de la incertidumbre” (p. 40). Esto servirá al autor de premisa para atacar la utopía tecnocrática, donde no tiene cabida la discusión, en la que “la polémica misma es un error” (p. 39). Tener la mente abierta, lejos de dogmatismos científicos o de cualquier tipo, hace de la tarea de la política una continua exploración, y la aleja, absolutamente, de tales postulados tecnocráticos. Otras ciencias, como la economía o el derecho, son necesarias, pero el autor advierte de la necesidad de separarlas de la política en sí. Se pretende el consejo, nunca el dogma.

La política tiene unos límites que deben ser aceptados; sirve a la pacificación “cuando se entiende y se practica

como compromiso, como pacto y acuerdo, no como medio para conseguir plenamente unos objetivos diseñados al margen de las circunstancias reales...o sin tener en cuenta a los demás, entre ellos a quienes no lo comparten” (p. 44).

Toda unilateralidad es absurda, y esto es aplicable también al ámbito de las instituciones, que deben contar con auto-limitaciones para garantizar el buen funcionamiento de las mismas, un punto de vista externo y crítico que les recuerde al servicio de quién están.

Y ¿al servicio de quién están? Del pueblo, pero ¿qué es el pueblo? El autor se sitúa aquí en la idea kelseniana (de base kantiana) de que el pueblo existe como unión normativa, no como unidad política o sujeto político existencial. Defiende así la idea de un pueblo formado por ciudadanos particulares y de unas instituciones que crean los “espacios públicos en que los difusos intereses y opiniones pueden transformarse en argumentos políticos objetivables” (p. 52).

Con la defensa de la *cultura política*, frente a la reducción de la política a la moral, Innerarity concluye una primera parte donde se aborda la conceptualización de lo político. “La moralización como arma arrojada surge de la desconfianza ante la posibilidad de que la política pueda generar por sí misma una cultura, unas reglas justas” (p. 61). Innerarity no renuncia plenamente a la vinculación entre política y moral, simplemente critica el reduccionismo de la primera a la segunda. Sin embargo, el mismo autor recorre el camino inverso: reduce la moral a la política. Según expone, la moral permanece como un elemento externo del sistema político porque es circunstancial; es el mismo sistema político “el que regula en qué medida y de qué forma es relevante la moral” (p. 65). Lo que Innerarity pretende decir con esto es que el sistema polí-

tico no debe ser gobernado desde fuera, regido por una moral externa, sino que debe adquirir una moral propia —que en una dimensión específica tiene que ver con el sentido de responsabilidad. Pero cabe preguntarse si esa “moral propia” no sería también circunstancial, porque, de hecho, ¿no son acaso los propios sistemas políticos circunstanciales?

En la segunda parte del libro, Innerarity plantea una nueva lógica social en torno a la “Teoría trágica del pluralismo social”, basada en que la pluralidad no siempre enriquece, ya que existen “juicios incompatibles” que dan lugar a conflictos; esto no implica una prédica del consenso general pues, según el autor, éste tampoco sirve para garantizar la paz. “Una teoría trágica del pluralismo social tiene las limitaciones debidas a que no solamente renuncia al objeto de dar unidad y coherencia a todos los aspectos de nuestras vidas, sino que reconoce la existencia de oposiciones que no pueden ser superadas” (p. 69).

Esta conclusión es consecuencia de su percepción del agotamiento del modelo social contractualista, ya que éste mantiene “una concepción de la naturaleza humana y un ideal de neutralidad [sobre valores comunes] que no pueden sostener una sociedad pluralista” (p. 76).

El autor propone el avance hacia un modelo menos contractualista, “hacia un modelo de decisión social en el que el acuerdo refleje un proceso abierto de discusión” (p. 85). Para esto se hace imprescindible aceptar y, sobre todo, respetar posiciones ajenas o contrarias, y es en esa pluralidad en la que se encuentra realmente la democracia, no en un consenso dilapidador que cierra filas en torno a lo que considera la única verdad. Una vez más aparecen como fundamentales el diálogo y la tolerancia. Sin embargo, parece inevitable preguntarse cómo concuerda esto con los “juicios incompatibles” en los que basa la “Teoría trágica del pluralismo social”.

El autor utiliza el tema de la identidad como ejemplo ilustrativo del proceso abierto de discusión de su modelo de decisión social, superando el nacionalismo rancio y excluyente, basado en la diferencia, en pos del reconocimiento de las identidades en un contexto plural, contexto que denomina “pluralismo constitucional”. La sociedad delimitada territorialmente e integrada políticamente se tambalea.

En la tercera y última parte del libro define una nueva cultura política basada en esa idea de erosión del estado nacional. La globalización mueve los cimientos del estado nación y se hace necesaria la redefinición de sus funciones. Un Estado totalizador aparece como inviable en este contexto. Así, el autor propone la autolimitación del Estado, pero no en el sentido neoliberal. Se trata de buscar “equivalentes funcionales a las instituciones...que sean compatibles con la globalización” (p. 142), de manera además que las funciones estatales se reduzcan a unas competencias nucleares y a la garantía de unos bienes colectivos esenciales. Una sociedad tan compleja como la postmoderna requiere *coordinación*, entendiendo ésta por “la forma de gobierno más adecuada a la complejidad social, que presupone confianza, autolimitación, consideración hacia los otros y una perspectiva de, al menos, medio plazo” (p. 171).

Innerarity redefine así al Estado como *un tercero* que supervisa y modera las diferentes esferas funcionales, pero no de forma coactiva, sino aportando nuevas perspectivas y puntos de vista. “La complejidad contemporánea es la diversificación de los centros de decisión que se corresponde con la diferenciación funcional de los sistemas sociales y que ninguna ordenación de carácter jerárquico está en condiciones de controlar” (p. 146); por eso es imprescindible la cooperación.

El autor denomina a su proyecto “socioliberalismo, una alternativa libertaria”. Libertaria únicamente en lo referente a la

tendencia a la desaparición del Estado (aunque Innerarity no pretende su desaparición, sino su minimización). Socioliberal, como recuperación del liberalismo clásico, que según el propio autor es traicionado por el neoliberalismo. En términos económicos, aquél se basa en la existencia de unas leyes naturales que provocan una armonía universal que, a su vez, debería aportar al ser humano bienestar y prosperidad; eso sí, siempre que ninguna intervención exterior venga a perturbarlas. Leyes basadas, pues, en un funcionamiento óptimo del mercado que posibilite la igualdad de oportunidades.

Para Innerarity, el hecho de que la economía de mercado no funcione no se debe a la “lógica del capital” sino al intervencionismo estatal.

La función del Estado debe reducirse a “cuidar activamente de que todos los ciudadanos puedan comerciar libremente en los mercados” (p. 189).

La visión del autor, desde lo elogiable de su continua pretensión de diálogo y de respeto —bases sin duda de una democracia digna de ser llamada así—

hasta su, quizás, ingenuo abordamiento de la economía y su socioliberalismo libertario, puede que se mantenga un poco anclada en un *mundo de las ideas* que a día de hoy, desde un punto de vista pragmático, se presenta difícilmente realizable.

No deja de ser sorprendente, además, encontrar textos que mantengan vigente la fe en las bondades del mercado y en los ideales liberales de los siglos XVII y XVIII. Comprobamos así cómo Innerarity, a pesar de que considera imprescindible el contexto y el contacto con la realidad, recupera ideas de hace siglos e intenta trasladarlas, como soluciones, a una sociedad tan compleja y tan distinta como la actual.

Se debe tener en cuenta la realidad, e intentar mejorarla *a partir de* ella misma, de lo que es y no de lo que debería ser.

Es posible que se eche en falta la innovación y las posibilidades que sugiere el libro, más aún con una conceptualización de la política tan prometedora.

SARA MATEOS